

# I

## CONTRANARRATIVAS

*Quizá, entonces, al final, no tengamos ni idea  
de qué es historia: o huyamos  
de los demonios que nosotros mismos  
hemos convocado.*

James Baldwin

*La situación social de la filosofía es de esclavitud.*

Fred Moten

*Por tanto es mejor hablar  
recordando  
que nunca estuvimos destinadas  
a sobrevivir.*

Audre Lorde



## MANNAHATTA

La canoa se deslizó hasta detenerse ante la escarpada, rocosa orilla. Como no había grada, lanzó la amarra, que había anudado a un travesaño y contrapesado con una plomada poco mayor que su puño, a la espesura. Trepó con cautela hacia el follaje, entre dedos de matorrales y hierbajos que se le agarraban a las suelas de las botas, las medias de las pantorrillas, las holgadas calzas de lino. Un millar de aves proclamaron su ascenso por la cuesta; los arbustos se estremecieron con la alarma de criaturas sorprendidas en sus refugios; ante sus ojos se elevó una fugaz barrera de insectos. Una vez asegurada la embarcación e instalado en una pradera en pendiente, se sentó para remojarse la garganta con agua del odre, orientarse y descansar. Sólo entonces volvió la mirada.

El *Jonge Tobias*, el barco que les había llevado a él y a los demás a lo largo de tantas millas náuticas que había perdido la cuenta, ya no era visible, el pardo casco quedaba oculto por la curva del río y el saliente coronado de fortalezas arbóreas. El agua, ondeante como un sudario de seda, ora blanca, ora plata, ora azur, trasladó su mirada por todo el este —lo sabía por la brújula del capitán y un perspicaz sentido del espacio, innato en él desde que tenía memoria— hasta las costas de una isla más vasta, no del todo documentada aún, de titilantes perfiles ocres a la luz de la mañana, que se le quedaron grabados en la memoria como presagios. Más cerca, al pie de la colina, peces y anguilas trazaban rápidas líneas sobre la nervuda superficie del río. Las ranas cantaban serenatas desde sus escondrijos entre los juncos. En una ocasión, en Santo Domingo, donde había nacido y pasado media juventud antes de trabajar en barcos para comprar su libertad, se asomó a un horno donde un hombre que podría haber sido su herma-

no daba vueltas a una campana de cristal, y sintió las fauces de la llamarada, cuya lengua ardiente a punto estuvo de devorarlo mientras la bola soplada adquiría forma milagrosamente. Ahora el sol, como si reclamara su ascendiente sobre aquel fuego transformador, encendió con su presencia el estandarte azul del cielo, sus rayos ardientes cayeron por doquier, cubriendo de oro el paisaje que le rodeaba. Estaba acostumbrado a los días y las noches tropicales, pero no obstante gateó hasta la sombra de un emparrado de liquidámbar. Ahuecó el ala del sombrero, se cambió el saco al costado izquierdo, junto a la gris base del árbol, se abrió el cuello para refrescarse, y esperó.

La primera vez que había hecho esto, en otra zona más al sur, más cercana al muelle y al principal puesto comercial, un miembro del pueblo que más tiempo llevaba en el lugar se presentó ante él, tras salir por una puerta invisible en una hilera de arrayanes, profiriendo —sí, repitiendo— una tierna y hospitalaria melodía. Jan, como el capitán Mossel y la tripulación le llamaban, o Juan, como era conocido en Santo Domingo, o João, como en el pasado le llamara su padre, un marinero lusitano, y los iguales con quienes trabajaba, pues en la época todos los reinos ibéricos eran uno, y antes de eso M—, nombre que su madre rescató de su pueblo y le hizo jurar que jamás lo revelaría a otra alma, no tan alejado, le parecía, del *Makadewa* con que el enviado del primer pueblo había empezado a llamarle, y que había resonado en su oído como un diapasón hasta que lo aprehendió, con la llave de ese idioma que la mayoría de los holandeses del barco aseguraban no lograr oír del todo, había conseguido abrirse una puerta. Piel por machetes, hachas, cuchillos, pistolas, más eficientes que el pedernal o las mazas para derribar un puma, un sicomoro, un enemigo. Le había retorcido el pescuezo a una pava real y asado un cerdo entero, pero pese a haber oído varias veces la llamada a la rebelión, nunca había revelado un solo secreto o santo y seña, ni había matado ni tomado parte en el asesinato de otro hombre. En tanto

las circunstancias lo permitieran, jamás haría ninguna de esas cosas. Sabía que un día, quizá pronto, su sino podía cambiar, a menos que él lo echase a perder.

El enviado, a través de gestos, historias, comidas y las voces que hablaban mediante fuego y humo, había abierto una entrada a su mundo. Jan supo que por su bien, por su supervivencia, debía recordarla, traspasarla. Ya había empezado a responder al viento, las corrientes, los acantilados. Ahora, mientras aguardaba sentado en la hierba observando el juego de la luz entre las copas de los árboles, el deslizamiento de las sombras sobre sí mismas por los juncales en diversos tonos, todos ellos más oscuros que sus oscuras manos y mejillas, a una mantis afanarse por el medio puente del tallo de una gerardia, vio otra abertura dentro de la anterior. La estudiaría como había estudiado cada árbol, cada arbusto, cada especie de flor del lugar y de cada zona de la isla que había transitado. Entendería aquella abertura, la cruzaría.

Se incorporó y desenfundó el cuchillo. Acto seguido extrajo un rollo de bramante del saco. Marcó varios puntos cercanos, haciendo tajos en el árbol y asegurando varios cabos de cuerda en torno a las ramas, creando signos con formas de rombos, cuadrados, semicírculos que serían visibles hasta la puesta del sol. Hizo algunos más en ramas cercanas. Siempre cabía la posibilidad de que alguien del primer pueblo, uno de quienes él esperaba que aparecieran en cualquier momento, aunque no había sido el caso, o alguna criatura no humana, o un espíritu de cualquier forma, deshiciera los nudos, borrara los tajos, eliminando así la especificidad de este punto para él, devolviendo a cada paso en el lugar, como en cada barco en el que había navegado, cada palabra no pronunciada con anterioridad, cada rostro no visto hasta verlo, su anonimato original. Si así tenía que ser, que fuera. No obstante él hizo voto de no olvidar aquel pedazo de tierra donde había hecho un nuevo descubrimiento. Si tenía que confiar cada aroma, cada sonido, incluso las briznas de hierba, a la memoria, lo

haría. Caminó por el lugar, agachándose, mirando a una ardilla que le había mirado fijamente.

Pese a no tener reloj, supo que era hora de regresar. Una brisa, como secundando este impulso, susurró *Rodriguez*. Empezó a repasar su provisión de imágenes en pos de una historia que las relatase, para proteger el lugar y sus particularidades de su imaginación. Arrancó dos ramas lo bastante grandes para servir de estacas y se las llevó hasta la canoa. Valiéndose del cuchillo y los dedos y, una vez perforado un boquete, del extremo más fino del remo, cavó un hoyo donde hundió la primera estaca. Con el bramante y la otra rama hizo una cruz que cubrió de nudos, de abajo arriba, lamentando no haber traído cuentas o trozos de tela de color, o cualquier cosa que llamase la atención desde lejos. Se retiró para examinarla. No tenía claro si sería capaz de divisarla desde el agua, aunque ciertamente atraía la mirada desde donde estaba. Sin embargo, se recordó que, una vez en el barco, sería por última vez, y tendría meses, años incluso, para buscar y reconstruir esta cruz, para colocar una nueva. El primer pueblo le guiaría, además, si topaban con ella. Guardó el cuchillo y el cordel, recogió el ancla y subió a la canoa, el remo en una mano y el contrapeso en la otra. Se impulsó lejos de la orilla, hacia el cauce del río, y la cruz, cuando la miró, pareció destellar, momentáneamente, antes de desaparecer como todo lo que la rodeaba en la densa envoltura verde de la isla. Cuando se tumbó en su hamaca esa noche aquella cruz fue, pese a haber observado bien la zona, lo único que recordaba con tal claridad que habría podido describir hasta el veteado de la madera, y fue, cuando regresó una semana después, con la canoa y un esquife cargados de grandes sacos de pedernal, velas, semillas, un mosquete, su espada, una pequeña lona para resguardarse de la lluvia, hachas y cuchillos suficientes para asegurar su oficio de comerciante, y de traductor, para no volver jamás al *Jonge Tobias*, ni a ningún otro barco, ni a los angostos callejones de Ámsterdam o de su Española nativa, lo primero que vio.